

Observaciones europeas sobre la integración latinoamericana*

Este seminario constituye una clara expresión del interés mutuo que existe entre la comunidad académica de Europa y la de América Latina.

A la pregunta de si este interés mutuo rige por igual para los esfuerzos integracionistas a uno y otro lado del Atlántico no se me ocurre una respuesta fácil. Desde luego, estimulados por la firma de los Acuerdos de Roma de 1957, surgieron los esfuerzos integracionistas europeos, cosa que luego acaeció en América Latina misma con la fundación de la ALALC por el Acuerdo de Montevideo el año 1960, con la creación de un Mercado Común Centroamericano a través del Tratado de Managua, con los diversos esfuerzos en pos de alianzas en el Caribe, para continuar luego con el Pacto Andino, la Comunidad de los Países de La Plata con el "Acta de Santa Cruz"... para mencionar sólo los más importantes. Por cierto, en América Latina se observan atentamente los éxitos y obstáculos surgidos en la integración europea, pero no me asiste la seguridad de que se haya tenido siempre presente al trazar un paralelo del difícil problema de saber cuándo se está frente a procedimientos análogos y cuándo frente a procedimientos de naturaleza totalmente distinta. En la economía europea existe conciencia de la integración latinoamericana allí donde cuenta con datos (facilidades de colocación, tarifas aduaneras, controles concretos...), en tanto que en la política europea se ha tomado conciencia de las estructuras de integración latinoamericanas de una manera global, en el mejor de los casos, sin que hasta la fecha se haya mostrado un interés específico por ella de modo convincente.

¿De qué depende esta demora en considerar el quehacer integracionista recíproco con un *sentido más político*?

Me permito aprovechar esta pregunta para hacer algunas observaciones comparativas sobre la integración latinoamericana desde un punto de vista europeo, cosa que haré con franqueza, sin preocuparme mayormente de tabúes o consideraciones de tipo diplomático. Como soy politólogo innato habrá de pesar la perspectiva político-científica y trataré de exponer mis reflexiones en forma de tesis.

* Esta publicación se basa en una exposición efectuada por el autor en el Seminario sobre Integración en Latinoamérica organizado por la Asociación Alemana de Investigaciones sobre América Latina (ADLAF), en Bonn, en noviembre de 1979.

Tesis 1: Los niveles, instituciones, organizaciones, metas, etc., tanto los que se han alcanzado como aquellos que aún se buscan, tienen un arraigo histórico más débil y desigual en América Latina que en Europa

Me permito citar a Felipe Herrera entre los políticos integracionistas latinoamericanos¹ que presentan el siguiente planteamiento con marcado énfasis: "América Latina no es un grupo de naciones sino que es una gran nación desgarrada... Su herencia autóctona primitiva, distinta en su forma y expresión pero idénticas en su esencia, llevaba el sello de cuatro siglos de dominación española". Vista así las cosas, en que Brasil queda al margen, se está afirmando posiblemente un concepto *ideológico* significativo sin describir un antecedente histórico eficiente. La unidad histórica de la América hispánica no es, como en el caso de los estados de la Nueva Inglaterra, la convergencia de instituciones afines y de convicciones comunes, sino que, en primer término, es una suma de uniones simples, de dependencias individuales de la Corona española, de Sevilla y de Cádiz, respectivamente, y es una ficción la idea de una conciencia latinoamericana de conjunto históricamente bien fundada, al igual que lo es un jinete sin su corcel. ¿Quién ha sido, entonces, el soporte social, si a lo anterior se añaden los obstáculos de la topografía, las distancias y la caída de civilizaciones enteras en la América hispánica...? Por último, el bolivarismo no ha fracasado por circunstancias adversas sino porque fue una excepción.

Por el contrario, el punto de partida europeo ha sido otro. Sin necesidad de acudir a esquemas que han sido superados hace tiempo, tales como el Imperio de Carlomagno o el Imperio Romano medieval que le siguió, se puede afirmar que la unidad histórica de Europa significa la conciencia de pertenecer a una civilización que estuvo a punto de hacerse universal. Los historiadores sensibles a los conceptos sociocientíficos me disculparán que yo afirme que la unidad de Europa estuvo siempre bajo el signo de un *diffuse system support* incluso en sus guerras y litigios, lo que le ha restado un destino más feliz a Latinoamérica. De aquí que el comienzo integracionista europeo en concreto se vea distinto que el latinoamericano. A nosotros nos preocupa la reconstrucción, el arreglo de una deformación, la "reubicación de los recursos ya existentes"² en tanto que para América Latina el *desarrollo de los recursos* mismos aparece en primer término.

¹ Citado aquí según Richard F. Behrendt, América Latina: Inestabilidad y Rivalidad de las estructuras de Integración, en: Otto-Suhr-Instituto de la Universidad Libre de Berlín (ed.), *Nationale Souveränität oder übernationales Integration*, Berlín O.J. (¿1965?), 86 FF, hier 92 F (ahí también una parte de los argumentos siguientes).

² Hans Jürgen Harborth, Requisitos en una Teoría de Integración revisada para pai-

Tesis 2: La debilidad esencial de la integración latinoamericana es la falta de una población activa amplia dispuesta a la integración

Ni en Europa ni en América Latina nos podemos abandonar a la ilusión de que todas las capas sociales concurren con igual intensidad y activamente tras la idea de la integración. En ambos casos nos encontramos con un concepto de élite, con instituciones ocupadas por una élite, con una política en función de una élite. Hans-Peter Schwarz³ dijo en una oportunidad lo siguiente: "Todas las experiencias enseñan que la decisión de cambios cualitativos en las relaciones entre los Estados debe ser conducida por pequeños grupos directivos que operen a nivel supraestatal". Esto es aún más válido para el caso de América Latina. ¿Se puede afirmar seriamente que los marginales de las grandes ciudades y de las provincias rurales, los campesinos simples o incluso los cooperativistas de las zonas productivas agrarias o pesqueras tienen ideales latinoamericanos en común; o se puede siquiera imaginar algo concreto bajo los instrumentos de integración existentes? *La idea de la integración latinoamericana ha terminado ya de desarrollarse, discutirse e institucionalizarse para la gran masa de su población.* Incluso cuando se remonta en la escala social no es mucho lo que sobra de substancia integracionista. Algunos grupos de entre los sindicalizados pueden ser una excepción, inclusive segmentos de la alta jerarquía de la iglesia católica... El empresariado está escindido y los políticos no le van a la zaga. Observada a la luz la sustentación social, la integración latinoamericana se reduce a una capa relativamente débil de intelectuales que, con suerte, están dotados de plenos poderes tecnocráticos ya sea en departamentos de los ministerios nacionales o en las organizaciones internacionales. No pretendo deducir por ello que esta gente formule una mala política de integración, sino que más bien, y por el contrario, me hago parte de los admiradores de muchas de estas personalidades que tratan de hacer lo mejor de sí desde una situación difícil y a menudo a costa de mucha energía personal. Lo único que no pueden es compensar — y esta es la tesis— la necesidad urgente de una población activa.

Por lo que a esto respecta, Europa se encuentra en una posición incomparablemente mejor. La participación en las elecciones del Parlamento Europeo alcanzó siempre una media de 61,1% y en algunos casos particu-

ses en vías de desarrollo, en: Winfried von Urff (ed.), *Integration der Entwicklungsländer in eine instabile Weltwirtschaft-Probleme, Chancen, Gefahren* 1976, 65 FF., hier 68.

³ Hans-Peter Schwarz, *Federar a Europa, ¿pero cómo?*. Una crítica metódica de la Integración Europea, en: Gerhard Lehbruch u.a. (eds.), *Demokratisches System und politische Praxis in der Bundesrepublik*, München 1971, 377 FF., hier 433.

lares se empinó considerablemente⁴. Se supone que las combinaciones de partidos europeos recientemente surgidas (la alianza de partidos socialdemócratas de la Comunidad Europea, la Federación de los Partidos Liberal y Democrático, el Partido Popular Democratacristiano europeo) mantendrán su estabilidad, pues se componen de partidos simples fuertemente establecidos dentro de cada país y que están habituados desde hace decenios a sufragar internacionalmente con sus partidos hermanos. Sin embargo, a pesar de todo o quizá justamente por la misma razón, es necesario un campo de fuerza político amplio que elimine los mecanismos de integración de la mera popularidad⁵. Esto mismo lo puedo expresar de otra manera: en los países de Europa Occidental no se podría sostener ningún gobierno que diera un paso drástico fuera de Europa ya que la resistencia de la opinión pública, de los partidos, de las asociaciones, de los estudiantes, etc., sería demasiado grande. ¿Se produciría en México una crisis de gobierno si su régimen federal dejara hundirse a SELA? ¿Se produciría en Brasil una crisis de gobierno si el próximo año se adormeciera la ALALC?

Tesis 3: Las instituciones de integración de América Latina cumplen importantes funciones de legitimación y no simplemente de compensación. Sin embargo, se pueden reemplazar y sustituir en su afinamiento concreto. Las instituciones mismas están ampliamente privadas del juicio de legitimación

Esto no sólo suena complicado sino que lo es. Quiero decir con esto que para muchos gobiernos es políticamente útil pertenecer a centros de integración, interesarse en sus mecanismos o incluso gestionar iniciativas políticas de integración, no teniendo mayor importancia el aspecto del instrumento que imiten o al que pertenezcan. Para el Chile de Pinochet que debió salir adelante pese a un considerable aislamiento dentro de Latinoamérica, su presencia dentro de SELA es una importante comunicación con ella, como lo podrían haber sido también CECLA e incluso el Pacto Andino. Hasta ahora ninguno de los últimos gobiernos venezolanos ha sido especialmente exitoso en su política interna. El activismo político integracional de Carlos Andrés Pérez fue más bien un accidente, al igual que la publicitada concepción de Aristides Calvani en su tiempo sobre la "justicia internacional". Más impactante aún es el ensayo de legitimación político de Luis Echeverría en el caso de la política ex-

⁴ Emanuele Gazzo: Aspectos Políticos de la Primera elección directa europea. Rückschau und Ausblick, in: *Europa-Archiv* 16 1979, 493 FF., hier 496.

⁵ Vgl. Schwarz aaO. 407.

terior integracionista. No creo ir demasiado lejos al decir que tales tentativas de estabilización política interna gratuita en que se ha hecho uso de la integración sobrepasan ampliamente a los países mencionados, e incluyen a Cuba misma con su participación en SELA. ¿No estaremos, pues, ante el caso de la integración tomada un poco como política de desarrollo o quizá, incluso, como política exterior compensatoria? En todo caso, aquí la antítesis con respecto a Europa se hace una vez más significativa. La unidad europea puede que sea una meta que se persigue unas veces más agitadamente y otras de forma más atenuada, razón por la cual se hace más difícil contar con ella como sucedáneo y sustituto para otras políticas en una eventual crisis, por cuanto las reacciones políticas de Europa siguen un curso incomparablemente más intrincado, más complejo y también más democrático-pluralista. Pero una vez tomadas las iniciativas se llega fácilmente a un nivel operativo institucional y político que se manifiesta por sí sólo y exige la legitimación propia respectiva sobre las instituciones. A modo de ejemplo, tenemos aquí el Parlamento Europeo. Desde hacía años que no se planteaba la cuestión de si se podía obtener un incremento de legitimación a través de elecciones para un Parlamento Europeo libremente elegido por la población o si se podía considerar legítimamente a una institución, como lo es la Comunidad Europea, sin contar con un parlamento con plenos poderes. El desarrollado institucionalismo europeo no legitima de modo prioritario, a los gobiernos en particular, porque participen, ayuden a asesorar o cofinancien, sino que desde una perspectiva transnacional solamente tiene valor legítimo cuando corresponde a cuestiones de moneda, institucionalización y procedimientos en vigencia de la vida política europea y de la historia político-constitucional de Europa Occidental. La constancia de la legitimación para las instituciones de integración mismas y no el beneficio para un gobierno determinado, sea el alemán, el británico o el belga, son, por consiguiente, los que aparecen en primer plano. Tengo la impresión que en la política latinoamericana se piensa más bien al revés.

Tesis 4: La integración tanto a uno como al otro lado del Atlántico sólo es posible a través de un cierto grado de renunciamiento a la soberanía. Esto no significa, sin embargo, que las pérdidas y ganancias resultantes se repartan demasiado unilateralmente.

La integración no funciona sin una renuncia al menos parcial a la soberanía. Las naciones y sus gobiernos sienten esto como un problema

⁶ Estas alusiones provienen de Wolf Grabendorff.

del mayor rango. Cuando se afirma continuamente que en Europa o en América Latina falta un concepto de integración claro y cabal, una filosofía de la integración manejable y un análisis racional de costos y utilidades en modelos de integración precisos (como lo han discutido en los últimos años Lynn Mytelka y Andrew Axline⁷, entre otros) se están refiriendo al hecho de que se recela de la medida de renunciar a la soberanía. Estrictamente hablando, nunca ha estado claro en Europa si queremos o no llegar hasta los límites de la integración sectorial o funcional, o si aspiramos a una suerte de Confederación (la Europa de las Patrias) o a un Estado federal más fuertemente integrado. No menos vagas se me aparecen las metas de integración en América Latina las que se conciben más como un intento de asociación y complementación —caso de la ALALC, nacida de la filosofía de unión aduanera alemana del siglo XIX— por un lado, y, por otro, como un intento electoral dirigido por los políticos (Pacto Andino), o incluso como una estación intermedia hacia una *Comunidad Latinoamericana* más grande o, si se quiere, apuntando hacia una Nación Latinoamericana políticamente unida. No obstante, a pesar de la aparente igualdad del problema de la soberanía, existen algunas diferencias relevantes entre Europa y América Latina. En Europa se ha admitido renunciar en forma *permanente a parte de la soberanía* y se la ha considerado como algo irreversible, citándose incluso consciente y pragmáticamente el que las instituciones de integración existentes seguirán limitando aún más las soberanías nacionales. Ejemplos: una política agraria posible sólo a través de Bruselas, la libertad de movimiento en el mercado laboral europeo, la cesión de los derechos aduaneros a la comunidad, el incremento competitivo del Parlamento Europeo, que con seguridad ha de producirse... Procesos irreversibles como éstos apenas se conocen en América Latina y tampoco serían posibles, pues faltan los parámetros de la situación. Si se parte de los datos socioeconómicos estructurales habituales (ingreso *per capita*, instrucción, nivel de actualidad de las economías, etc.) se observa que Europa es incomparablemente más homogénea que América Latina. Si se consideran los modelos políticos básicos de ordenamiento con respecto a las economías políticas se nota que el consenso base es visiblemente mayor en la primera que en la última, que oscila por doquier entre un capitalismo extremo de *laissez-faire* y esquemas de desarrollo y distribución planificados. Más gravitantes aún aparecen las diferencias en los sistemas políticos. Dentro de la Comunidad Europea

⁷ Vgl. Andrew Axline, *Underdevelopment, dependence and integration: the politics of regionalism in the Third World*, in *International Organization* 31 1977, 83 FF (ahí también las reconvenções en Literatura a Mytelka).

no existe una democracia que descansa sobre una repartición de la fuerza, de representación parlamentaria y pluralidad de los intereses sociales de tipo institucional. Ya he recordado reiteradamente que este consenso básico está pronto a ser traspasado también a las estructuras institucionales. Una analogía semejante en el pensamiento político no tiene asidero en América Latina. “Las épocas —cito nuevamente a Hans Peter Schwarz⁸— en que el ordenamiento del Estado y de las sociedades se cuestionan no son las más indicadas para dar origen a una nueva federación”. Y las épocas en que se ensaya una política de ordenamiento económico con experimentos nacionales que a veces cambian a muy corto plazo son igualmente las menos señaladas. Ernst Haas⁹ intentó en alguna ocasión ubicar la integración bajo el signo de un *upgrading the common interest*. Las ampliaciones de la integración en las que participe uno u otro y las visibles compensaciones resultantes de la renuncia a la soberanía son únicamente posibles o aceptables cuando los costos y utilidades de la integración recaen proporcionalmente de acuerdo al saldo. Es dudoso que éste sea el caso de América Latina, en que tampoco las capas que hacen de soporte lo perciben (cosa demostrada ante una reciente consulta alemana al Pacto Andino)¹⁰, a lo que se añade una dificultad específica que hace algunos años hacía notar Helio Jaguaribe¹¹, en el sentido de que las posibilidades de vida de cada país en particular son sumamente diferenciables en América Latina. Brasil, México e incluso Argentina pueden obtener ventajas de la integración (de hecho las tienen en proporción superior si se observan las estadísticas económicas y los indicadores geopolíticos). Otros países son apenas vitales por sí mismos, como en el caso de Bolivia, Paraguay, El Salvador, Haití, etc. Cuando se da cabida a los “grandes” dentro de la integración, éstos especulan con beneficios concretos e intentan una reorientación de su política cuando los beneficios no aparecen, en tanto que aquellos países que no son capaces, o lo son apenas, de existir por sí solos no cuentan lisa y llanamente con una manipulación política y económica de la naturaleza anteriormente señalada. La integración latinoamericana se asemeja internamente, pues, desde el punto de vista de la soberanía, a un matrimonio mahometano, en el que el hombre se ata un poco

⁸ Schwarz aaO. 430.

⁹ Vgl. ebd. 423 así como Ernst B. Haas. *the Uniting of Europa. Political, Social and Economic Forces 1950-1957*, Stanford 1958.

¹⁰ Escrito por Francisco López Casero y Peter Waldman, la obra aparecerá en 1980 in: Manfred Molls (ed.). *Studien zur Lateinamerikanischen Integration*.

¹¹ Helio Jaguaribe, El Brasil y la América Latina, en *Foro Internacional* xv/4 1975. 607 FF.

a cada una de sus mujeres, no quedándoles a éstas otra alternativa que aceptarlo.

Tesis 5: Tanto la integración europea como la latinoamericana han demostrado que los progresos integracionistas requieren de manifestaciones sensibles

Me pregunto si es necesario hacer mención, en realidad de cosas que son obvias. *Perceived external cogency*¹² hace tiempo que se ve como uno de los factores más determinantes en la teoría de la integración entre uno y otro Estado, cosa que se ha confirmado frecuentemente. Aquí nos enfrentamos a uno de los paralelos más claros entre ambos mecanismos de integración, en que el meollo del asunto es —remitiéndome ya a Luciano Tomassini¹³ o a Leo Tindemans¹⁴— es la Identidad hacia afuera. En ambos casos estamos frente a un federador general y externo especial que se asemejan: el recelo de verse empujados a un estado político y económico marginal dentro de una situación política mundial cambiante que no siga correspondiendo a la posición originalmente más importante, por un lado y, por el otro, la preocupación por preservar la identidad propia, especialmente en relación con EE.UU. o, incluso, mejorarla. Tindemans nos había exhortado a una “Europa... que llegue a ser nuevamente dueña de su destino”. Esto se escribió el 29 de diciembre de 1975 y, por extraña coincidencia, aproximadamente por la misma época, durante el Acuerdo de Panamá, se hacía el siguiente llamado: “Nos interesa lograr un desarrollo integral, estable e independiente basado en el robustecimiento y la complementación de los distintos mecanismos integracionistas latinoamericanos para que América Latina ocupe el lugar que legítimamente le corresponde en el seno de la comunidad internacional”¹⁵. Al observar diferencias respecto a la integración externa entre Europa y América Latina bajo tres aspectos no creo salirme de ciertos moldes. En primer lugar, la integración europea ha surgido reiteradamente bajo el signo de un recelo que actúa como

¹² Vgl. Robert O. Keohane and Joseph S. Nye, Jr., *International Interdependence and Integration*, in: Fred I. Greenstein/Nelson W. Polsby (eds.), *Handbook of Political Science* Vol. 8, Reading u.a. 1975, 363 FF.

¹³ Luciano Tomassini, *Tendencias Favorables o adversas a la formación de un sistema regional latinoamericana*, en *Estudios Internacionales* 29/viii 1975, 3 FF.

¹⁴ La Unión Europea. Informe de Leo Tindemans, Primer Ministro de Bélgica, al Consejo Europeo. Publicada entre otros, en: Heinrich Schneider, Wolfgang Wessels (eds.), *Auf dem Weg zur Europäischen Union. Diskussionsbeiträge zum Tindemans-Beirich*, Bonn 1977, 239 FF.

¹⁵ Art. 5 párrafo 1, respectivamente, Preámbulos del Acuerdo de Panamá.

estimulante frente a las aspiraciones hegemónicas del bloque oriental a la vez que bajo la impresión de una merma de peso que se puede evitar, no tan sólo por EE.UU. sino que por todo el occidente. Así, pues, pasando por EE.UU. nos encontramos con un abanico de federaciones o favoritismos externos. Una ampliación semejante de las perspectivas no ha desempeñado ningún papel esencial dentro de las instituciones de integración latinoamericanas en la década del 60, lo que sólo viene a hacerse políticamente concebible con la Declaración de Buenos Aires, en que nos encontramos con un desplazamiento visible de las fases en comparación a Europa, reduciéndose así la presión hegemónica *concreta* en la relación EE.UU.-América Latina. En segundo lugar, la EWG y la EFTA y la Comunidad de los Nueve, respectivamente, hicieron su aparición en forma incomparablemente más agresiva que cualquiera de las instituciones latinoamericanas de integración. Los Acuerdos de Yaunde y Lomé (a los que yo personalmente me opuse más bien en forma crítica) pueden bastar como ilustración. La tercera diferencia la observo al releer el texto de Tindemans: A que “Europa debe ser nuevamente dueña de su destino” se añade el argumento que de igual manera es meta y punto de partida, norma y fundamento de la integración europea¹⁷: “Debe promoverse una forma social que nos sea propia y refleje los valores que son, por igual, herencia y creación de nuestros pueblos”. Así comparada, América Latina —recuerdo mis tesis 1 y 4— no ha sido suficientemente homogénea ni en el pasado ni en el presente. Lo que a este lado del Atlántico es un legado que hay que preservar e implementar, al otro lado del Atlántico es una utopía que se quisiera, en lo posible, que llegara a concretarse.

Tesis 6: Desde el punto de vista europeo —en todo caso del mío propio— América Latina debe velar por no farreararse sus ganancias de identidad en el diálogo norte-sur

Aquí no es necesario efectuar una racionalización del *tercermundismo* latinoamericano y de igual manera, sólo se puede esbozar la cuestión del peso que efectivamente tienen los *tercermundistas* en comparación con la fuerte fracción de los *occidentalistas*. Prefiero dejar en manos de mejores conocedores de la materia la comprobación de si la solidarización económica del movimiento de los no-alineados comen-

¹⁶ Vgl. Jürgen Dauth, Asean. La Comunidad de las Naciones de Asia Sudoriental en: *Aus Politik und Zeitgeschichte* B 8/79 vom 24.2.1979.

¹⁷ Tindemans aaO. 346.

¹⁸ Esto casi literalmente en una exposición a distancia en cierto modo oficiosa de la política alemana hacia América Latina, en: *Europa-Archiv* 14 1979.

zada otrora bajo otros auspicios y (si) la política económica mundial de ningún modo desinteresada de los países industriales, incluyendo su cooperación cada vez más estrecha, no se fueron fortaleciendo gradualmente como para que poco a poco surgiera un mecanismo de vaivén. Los latinoamericanos han contribuido considerablemente —y lo digo sin intención— con apenas una parte sustancial de los requerimientos del Tercer Mundo, los que no se pensaron ni se concibieron en América Latina. Por el contrario, me parece que los latinoamericanos son los primeros en considerar de manera justa los intereses de todos¹⁹. En la misma dirección apunta, igualmente, cuando se discute si no quieren ser considerados como la “clase media de las naciones”. Sin embargo, el problema es si América Latina llega a una solidarización general con el “Grupo de los 77” a través de sus esfuerzos integracionistas y si desde allí quiere alcanzar los éxitos sectoriales para la integración o si se observa esta actitud de solidarización ocasional como un instrumento limitado y temporal que deje intacta la identidad de América Latina. Octavio Paz, en su obra “Laberinto de la Soledad”, tituló un capítulo como la “Aurora de la Actualidad Mundial”, en que predica una confraternización antiimperialista general con los pueblos de Asia y de Africa. Si no me equivoco, ésta fue también la filosofía básica de CEPAL, sin la cual apenas se concibe la integración latinoamericana. SELA también ha hecho suya esta posición de manera enérgica y franca. Estoy especulando al decir que aquí reside uno de los factores de inseguridad desde el punto de vista europeo y que por esta razón los europeos incluyendo a Bruselas, se opondrían en el mejor de los casos con consideraciones de buena voluntad a la vez que con una actitud reticente a la política de integración latinoamericana. Si depende de todos nosotros participar mejor y más justamente en un sistema *global* en la economía y la política mundiales y, quizá también, en la cultura universal de lo que ha sido hasta ahora, las alternativas realistas no pueden ser ni conceptos sindicales internacionalizados del sur contra el norte ni un sistema de comercio mundial integrado, sino que únicamente subsistemas identificables en el ámbito geopolítico que permanezcan diferenciables en sus fundamentos y metas específicas, sean culturales, políticos o económicas y, por lo tanto, integrables en su relación interna. Voy a repetirlo de otra manera más sucinta: si América Latina considera valioso ser reconocida por Europa como un

¹⁹ Vgl. el Compendio: Eduardo Hill/Luciano Tomassini (eds.), América Latina y el Nuevo Orden Económico Internacional, Santiago de Chile 1979.

²⁰ Francisco Orrego Vicuña (ed.), América Latina; ¿Clase media de las Naciones? Santiago de Chile 1978.

todo y, más aún, como una familia especial de pueblos amigos, tiene que decidirse a adoptar idéntico rol frente a Europa. Quiero concluir mi sexta tesis recurriendo a la famosa imagen de Rodolfo Havenhagen, en la que se pregunta por qué el candelabro del Templo Sagrado habría de tener siempre siete brazos. Ustedes pudieran haberse formado la impresión de que juzgo la integración latinoamericana en forma más crítica que la europea, lo que reconozco absolutamente, sólo que no lo he hecho porque subestime la idea de la integración en América Latina, sino que, por el contrario, para eliminar puntos débiles que hay que superar. Si este fuera un congreso sobre integración europea y se me pidiera hacer una radiografía de ella a la luz de las experiencias integracionistas latinoamericanas, habría intentado probablemente mostrar dónde puede aprender Europa de América Latina. Y por cierto que hay bastante: la burocratización incomparablemente menor de las estructuras integracionistas; la eficiencia de los funcionarios latinoamericanos integracionistas es frecuentemente más considerable para pensar, desde su sector específico, en categorías y relaciones políticas nacionales e internacionales; el mayor coraje para buscar soluciones no convencionales (SELA es un ejemplo y podría hacer escuela en otras regiones); el diálogo incomparablemente más permanente entre instituciones de investigación altamente calificadas (CEPAL y su área de atracción, INTAL, CIEPLAN, Colegio de México, etc.) y la política práctica; la disponibilidad de una cantidad de revistas dedicadas al integracionismo o, en todo caso, a América Latina, cosa que no existe en Europa nada que se parezca (Estudios Internacionales, Integración Latinoamericana, Foro Internacional, Estudios Sociales, para mencionar sólo a algunas).

Nosotros, los europeos, estamos viviendo una crisis de identidad espiritual. Quizás la única respuesta sensata que aún podamos y debemos entregar a nuestra juventud sea exigir una Europa más flexible y más experimentada. Quizás el *mutatis mutandi* se hace también realidad para América Latina. Si así fuere, no deberíamos retrasar el intercambio de nuestras experiencias integracionistas políticas y científicas y deberíamos colaborar juntos por el éxito de la integración mutua, ya a partir de este congreso. Quisiera hacer un llamado a los escépticos: Vengan tranquilos (no más) con sus estadísticas y sus notas de déficit para que diagnostiquemos la enfermedad. Pero el análisis de las *res gestae* no puede seguir siendo el medio para dedicarse a las *res gerendae* sobre la base de una experiencia mejor. Y a los optimistas les digo: recuerden cuantas veces sea posible lo alcanzado hasta ahora²¹. El

²¹ Octavio Paz, El Laberinto de la Soledad. México 1950. (Numerosas ediciones desde entonces).

análisis de la integración es siempre una pieza útil de la política integracionista. A aquellos que les parezca todo demasiado anticientífico y que prefieran un purismo teórico-científico, ojalá les sirvan de objeción las palabras sacadas de la doctrina política de Hermann Heller y que yo modifiqué un poco: Sólo quien quiere algo político en la integración puede también ver algo científico en ella.

²² Vgl. Félix Peña, Tendencias y Perspectivas de la Integración económica en América Latina, en: *Estudios Internacionales* 29/viii/1975, 137 FF.